ANACAONA

CUENTOS CORTOS



Germán Daniel Rodríguez Agudelo

ISBN 978-958-48-6387-4

Foto de portada
Germán Daniel Rodríguez

Diseño gráfico
Liliana Ahumada Castañeda



Contenido

LA CAÍDA

Alberto abrió los ojos lentamente. Advirtió sin interés el claroscuro de la habitación y siguió con su mirada las débiles trazas de luz que venían de la ventana. El color del cielo, aún impreciso entre la noche y el día, le aguzó la curiosidad por saber qué hora era. Su mano izquierda buscó el teléfono como una araña torpe y miró la pantalla.

¡Mierda! Son las ocho y media. Dijo en voz alta.

Se levantó con prisa, corrió las cortinas y se quedó contemplando el paisaje de la ventana por un momento. Aún no se acostumbraba a los inviernos de Ámsterdam a pesar de que llevaba una buena temporada en esa ciudad. Al otro lado de la ventana había un pequeño jardín donde los vecinos criaban conejos y éstos habían cavado madrigueras por todo el lugar. De pronto, de un orificio entre la nieve, salió uno de ellos y empezó a buscar en vano hojas para comer. Como los arbustos habían perdido ya el follaje más bajo, este conejo tuvo que pararse en las patas traseras para alcanzar las ramas más altas con escasos resultados.

Alberto pasó las manos por su cara y sintió sin mayor preocupación la barba de dos días. Dejar que siga creciendo, pensó, y se fue a la cocina a preparar algo para desayunar. Tomó un banano, y un stroopwafle de la gaveta de la comida de uno de sus compañeros de apartamento, sirvió un vaso de leche y se sentó a la mesa a comer mientras escuchaba en un podcast las noticias del día anterior. La contemporaneidad había sucumbido meses atrás, con el corte del internet, y la radio holandesa, seguía siendo incomprensible.

Los últimos días en una ciudad siempre son difíciles. Hay que hacer un resumen de la vida para saber qué cosas son imprescindibles y llevarlas consigo en un equipaje de no más de 23 kilos. A pesar del insignificante patrimonio de estudiante-transeúnte, desprenderse de los objetos es una parte vital del ritual de la despedida. Después de comprobar nuevamente su inevitable negligencia para las ventas, Alberto decidió dejar el trípode y el colchón inflable a los futuros habitantes del apartamento, pero la impresora aún podía tener otro destino. A las nueve y media de la mañana de aquel día helado, era la cita con Helena, una estudiante uruguaya de arquitectura, quien llevaba apenas un par de meses en la ciudad. Ella compraría la impresora. Por 30 euros, la invención de Gutenberg y más: escáner y fotocopiadora al alcance de la mano. Era una máquina un poco lenta, eso sí, pero al fin y al cabo, una oferta difícil de rechazar.

Helena era una mujer delgada, de cara ovalada, estrecha en las sienes y un poco ancha abajo. Sus ojos negros eran rasgados, grandes y dulces. Cuando sonreía se entrecerraban y la intensidad de su brillo se multiplicaba como una explosión cósmica. Su forma de vestir le daba a su delgadez un toque heroico y sensual que se acentuaba especialmente cuando llevaba las botas de invierno con aquellos leggings negros que se perdían enigmáticamente en su vestido corto.

Alberto terminó su desayuno y se preparó para salir. Estaba ansioso. Ya en la puerta se puso el poncho de plástico y el gorro, pues el pronóstico del tiempo auguró lluvias toda la mañana. Bajó las escaleras hasta el depósito donde guardaba su vieja bici maltrecha por los continuos años del uso y abuso de la sucesión incierta de propietarios que le precedieron. Estuvo unos minutos mirando los fierros de arriba abajo para buscar la forma más cómoda para cargar la impresora, pero fue imposible. Era muy grande para la parrilla o para atarla a cualquier otra parte del marco. Finalmente, ya sobre la hora, decidió meterla en una bolsa plástica y llevarla en la mano. Empezó a pedalear sobreponiéndose a la incomodidad de sujetar solo un extremo del manubrio, además de la molestia de perder parte de la fuerza de cada pedalazo, debido al deterioro que había en los mecanismos de la rueda trasera, y así salió del barrio. Las calles le eran tan familiares que le invadió una especie

de nostalgia anticipada que se recrudeció cuando pasó por el puente levadizo de Teophile de Bockstraat. Luego de bajar del puente dudó si tomar la ruta recta o girar a la izquierda y ahí fue donde la mañana se partió en dos.

Cansado de soportar la voluminosa carga en el brazo derecho, la pasó al izquierdo unos metros antes del cruce. Realmente, fue en el último instante cuando decidió girar a la izquierda, hacia Overtoom, pero llevaba mucha velocidad y la impresora le impidió conservar el balance porque la pierna quedó bloqueada con la carga. Cayó estrepitosamente al suelo pero mientras caía abrazó la impresora. Al menos, salvar la venta, pensó en un instante, pero se deslizó de sus manos y cayó más adelante sobre el pavimento. Mientras sentía el olor de la sangre en su cabeza, un golpe seco le hizo pensar en lo definitivo. Luego de un instante se dio cuenta que la palma de su mano sangraba, igual que su canilla derecha y que de allí manaba ese dolor que despierta cierta ira contra el universo entero. Aun en el suelo levantó la mirada y percibió apenas a unos centímetros, la defensa de un automóvil, cuyo conductor esperaba paciente que se levantara de la vía. Mientras tanto advirtió la textura de las líneas del emblema y las letras: v o l v o. Lloviznaba sin pausa.

Se levantó torpemente y avanzó. Solo quedaban unos metros para llegar. Su mayor preocupación era que

Helena hubiera visto su torpeza. Cuando arribó a la esquina convenida, miro en todas las direcciones y no la encontró. Al cabo de un momento la vio moviendo sus manos al otro lado de la calle. Estaba sonriendo. Aún aturdido por la caída y con el dolor despertando sus nervios se apeó de la bicicleta y cruzó la carretera. No supo qué decir. Ella estaba radiante y Alberto en cambio se mantuvo callado e inexpresivo, confuso entre el dolor y la ansiedad. Sacó la impresora de la bolsa con movimientos mecánicos, como si estuviera ausente. Varias veces huyó de su mirada. Luego, con asombro y vergüenza, vio que la pestaña que abría el compartimento del papel estaba rota. "No estaba así esta mañana", fueron las únicas palabras que salieron de su boca, y sonrió nervioso. Ella no hizo mucho caso y le pagó el precio acordado. Se despidieron con un abrazo mientras Alberto ocultaba su mano sangrante.

Horas después, en su casa, el dolor se había disipado. Pero entonces le entristeció la posibilidad de no ver a Helena nunca más.

ANACAONA

A mí siempre me ha gustado la bici. El problema es que pedalear los diez kilómetros que separan mi casa del café The Zen a nueve grados bajo cero en medio de la nieve, resulta ser una prueba extrema, especialmente para mí, que solo había visto la nieve en el cine. Ah! y en las postales que por equivocación llegaron dos veces por año durante la media década que viví en la pensión "El recuerdo" en Bogotá, mientras estudiaba sin formula de continuidad y sin disciplina, varias carreras en las que nunca di con mi vocación profesional ni existencial. El caso es que el sacrificante pedaleo se justifica porque solamente el segundo y el último jueves de cada mes, The Zen abre sus puertas para la afición salsera de Ámsterdam y es el único espacio donde realmente se puede bailar y escuchar música afrocaribeña en vivo y gratis en este país. Todo esfuerzo es nada cuando llego y luego de quitarme la bufanda, el gorro, los guantes y el abrigo, me recibe el sonido del contrabajo detrás de las congas y el piano percusivo, como si se tratara de choques eléctricos de felicidad. Sin embargo, antes de bailar, hay que comprar una cerveza, aunque sea para tenerla toda la noche a medio empezar, porque da pena que Mista Hogenboom, el dueño del bar crea que uno viene a gozar toda la noche sin hacerle el gasto.

Realmente lo que a Mista Hogenboom le gusta es el reggae y esa es la identidad cotidiana de este chuzo, pero a petición del no muy distinguido público y de un puñado de músicos disidentes de otros géneros, destina cada dos semanas el bar para este noble y necesario propósito. Yo tomo mi vaso de cerveza, lo coloco sobre la barra y me siento con la práctica de un equilibrista profesional en el último de la hilera de butacas para gigantes que rodean el teatro de operaciones del barman. Desde allí puedo mirar cómo está la rumba: Cuáles son los músicos que han venido hoy, cuáles son las parejas y dónde están las peladas que vienen solas.

You dans very well. Me dice la curazoleña que me jala a bailar sin preguntarme al verse sin parejo. Cuando le cuento que yo soy colombiano, me dice: *My boyfriend… he was from Colombia also. She died in a car accident last year...* Al parecer, viene a bailar a ese lugar para combatir la nostalgia o para regodearse en ella. Su exnovio fallecido era de Medellín, según me cuenta. Bailamos hasta sudar a raudales. Como ella es grandota, yo me siento como una de las lunas de júpiter a su alrededor. Al terminar, yo regreso al banco y continúo mi reconstrucción de la cartografía de la rumba. Al fondo hay una pelada que llama mi atención.

2

En Bogotá los bares de salsa que tienen música en vivo siempre fueron inaccesibles para mí, por eso aquí nunca me pierdo ninguno de estos conciertos. Aquí aprendí el significado de la descarga o *jam session* y de sus inesperadas variaciones que retan a los bailarines a seguir con sus pies el furor de la percusión para luego descender a los valles del chachachá y el bolero mientras se recobran las fuerzas. Ahora me parece un poco triste que haya bailado ese tipo de improvisaciones a partir de una grabación que a fuerza de las repeticiones se hace predecible. A pesar de que, en efecto, la música grabada es una especie de música muerta, ese ha sido mi mar de mermelada, y puedo decir que he pasado momentos memorables en esas condiciones. En todo caso, el carácter predecible de las reproducciones suele ser contrarrestado por la genialidad de los Dj's que pueden hacer catedrales con canciones en una sola velada.

De Bogotá recuerdo los chuzos de salsa dura como el panteón de la salsa, en medio del crepitar de la rumba variopinta de la primero de mayo; o el Goce Pagano, venido a menos por las consideraciones musicales que se tienen para con los turistas, especialmente gringos, que han invadido el centro en los últimos años. Sin embargo, el bar que recuerdo con más ilusión es el Habana Vieja, ubicado en el segundo piso de una venta

de hamburguesas en la diecinueve con cuarta. Por cierto, para mi pesar, me han dicho que ha desaparecido y que ahora funciona allí un supermercado de Olímpica. En ese bar fue donde conocí a Anacaona.

Ella era profesora de matemáticas en un colegio de secundaria del distrito, quien había encontrado tardíamente su vocación salsera, es decir, después de llevar una carrera docente sin mayores sobresaltos. Un día por casualidad participó en un taller de salsa y allí decidió consagrar una parte de su vida a este baile. La conocí la tarde noche de un viernes en el Habana vieja, bar a donde solía ir por la sencilla razón de que abrían temprano. Yo solo podía ir de seis a ocho de la noche porque tenía que trabajar, así que me iba justo cuando la rumba empezaba a prender motores. Usualmente el bar estaba vacío y me limitaba a escuchar la música y tomar una cerveza, hasta que conocí a Anacaona. Recuerdo que desde el primer momento hubo empatía. Bailamos dos veces y no necesitó más para saber de mis carencias rítmicas, aunque también de mi interés por el tema. Y como siempre, yo tuve que irme cuando la noche empezaba a delinear mil historias posibles. Al día siguiente, iba caminando por la estación de las aguas y nos encontramos. Es bien sabido que el universo conspira. Charlamos un rato e intercambiamos teléfonos. Yo le pregunté por su nombre y apellido para registrar el número, pero como ella insistió en que la

bautizara como yo quisiera, le puse Anacaona. Todas mis ideas sobre ella estaban atravesadas por la salsa. Y así, cuando sonaba el teléfono y ese nombre titilaba en la pantalla. Me sentía como dentro de la canción que Cheo Feliciano hizo famosa.

… Anacaona, india de raza cautiva / Anacona de la región primitiva/ ... Pero india que muere llorando / muere pero no perdona, no perdona no...

3

De repente Mista Hogenboom me hace una seña y me presenta a un amigo suyo. *This is an Italian friend. He likes salsa a lot.* Es un veterano salsero de unos 65 años. Ya lo había visto antes pero hoy está, como diría mi abuela, enjerido. Entonces me dice que apenas ayer lo operaron del apéndice y le duele al moverse. El médico le ha contraindicado la salsa por un mes, pero él insiste -con tono grave- en que sin la salsa, su vida carece de todo sentido. La charla está muy interesante, pero yo tengo mis prioridades: busco la pelada-target entre la nube de bailadores y la encuentro cerca de los músicos. Tan pronto acabe la canción hay que caerle. En el

mismo recinto hay un cubano que utiliza una estrategia singular, pues cuando hay pocas mujeres, se estaciona cerca de la puerta del baño y las intercepta al pasar. Aun cuando lo rechazan de ida, tiene el chance de insistir cuando regresan. Cuando acceden lo da todo de sí, de modo que ellas no se arrepienten y una vez sonríen, no las suelta en toda la noche. Como la estrategia le funciona casi siempre, debo adelantarme.

4

Anacaona y yo solíamos encontrarnos en el Habana Vieja. Unas veces nos quedábamos allí hasta mi hora de partir y otras íbamos a comer o a otro bar. Al cabo de unas semanas empezamos a frecuentarnos los sábados también y como yo no tenía que trabajar el domingo, podíamos esperar en el bar hasta la llegada del éxtasis de la rumba cuando todos salen a bailar y se ven muy felices. Eso ocurre hacia las diez u once y permanece pegada hasta la una o una y media, cuando ya la noche muestra el cobre y los ánimos van en caída, ora por el cansancio, ora porque el guaro cumple con su función. Fue con Anacaona con quien visité un motel por primera vez, porque desde que salí de mi pueblo siempre viví en alquiler y nunca tuve problema para recibir visitas en mi cuarto. Las cosas cambiaron cuando decidí buscar

una habitación cerca de mi lugar de trabajo y tuve que ceder a varias restricciones, entre ellas, las visitas, la hora de llegada y la imposibilidad de usar la cocina. Un sinnúmero de reglas que se justificaba obedecer únicamente porque era el lugar la habitación más barata de esa localidad. Cada una de esas disposiciones estaba estipulada en el contrato de arrendamiento y su cumplimiento era celosamente vigilado con un sistema de cámaras cuyos monitores estaban en la habitación de la solitaria casera. La habitación era tan pequeña que no podía extender los brazos completamente cuando me paraba del lado más angosto y eso se debía a que una de las paredes era una división de acrílico que segmentaba un salón más grande. Así era como en aquella pensión se hacía gala de la teoría de la ganancia marginal de la economía.

Como Anacaona vivía con su novio, nuestro idilio tampoco tendría cabida en su apartamento. Del tipo sólo supe que era profe como ella y que no le gustaba la música ni bailar. Ella lo describía como un ser simple y oscuro, pero creo que era para dar la impresión de desinterés que podría facilitar una relación paralela. Y como yo quería lo mismo, nunca me atreví a preguntar nada más sobre él, aunque a veces su presencia negativa era evidente. creo que hasta ese momento comprendí el significado de la fe, pues jamás lo vi y, sin embargo, siempre supe que estaba en alguna parte.

El caso fue que cuando la relación tuvo cierta madurez de acuerdo con los parámetros de la generación de la guayaba (pues ahora todo ocurre muy rápido), tomamos un taxi y le pedimos al conductor que nos sugiriera un motel. Él preguntó por la zona de la ciudad donde queríamos ir y con la seguridad de un guía turístico nos llevó sin demora al Laguna Azul. Después me di cuenta de que nos había conducido allí porque de todos los moteles de la cuadra especializada en el ramo, era el que prometía la liga más jugosa para el taxista. Anacaona no estuvo de acuerdo porque ese lugar era cercano al colegio donde trabajaba y no quería exponerse a ser descubierta por un descuido como ese. Entonces el taxista nos llevó al Pirámides de Rubí, que, según él, no ofrecía riesgo alguno. En efecto, su arquitectura traquetoide estaba diseñada de tal modo que, al menos teóricamente, los empleados no podían ver la cara de los clientes. Había un manejo muy creativo de las cámaras de visión unidireccional que hay en los salones de interrogatorios que salen en todas las películas policíacas de Hollywood. Ciertamente, en el cine gringo estos espacios evocan el poder de la institucionalidad oficial a través del panoptismo más básico. Pero en el motel, el efecto óptico estaba invertido. Es decir, que el obsceno placer de ver sin ser visto era planteado en favor del usuario. No había terminado de celebrar el triunfo del sujeto sobre la estructura, cuando Anacaona, la muy aguafiestas, me pidió evitar los espejos de la

habitación y apagar pronto la luz, bajo el pretexto de que el mismo efecto de visión unidireccional podía ser utilizado para grabar nuestros ejercicios amatorios y ponerlos a la venta sobre la manta de videos piratas de las mismas esquinas de Chapinero. Me explicó que esa era una práctica común, hoy por hoy.

5

Ahora que la canción se ha acabado, busco mi camino hacia la pelada que vi en el centro de la pista de The Zen. Me acerco a ella, el sudor cae por su frente. Está llena de música y tiene una sonrisa levemente dibujada en su cara y en sus ojos. Es negra, tal vez cubana. Pese a su evidente cansancio, no duda ni por un instante en aceptar mi invitación a bailar y me lleva de la mano frente a la tarima donde hay un claro en la multitud. Entre tanto, va empezando la introducción de Mango Mangüe. Dicen que esta canción la compuso el Gran Fellove un día que estaba en un café y de repente escuchó a un vendedor ambulante de mangos ofreciendo sus frutas. Fellove retomó la arenga del vendedor y así compuso este vacilón.

Al bailar nos exploramos uno al otro y cuando la canción se acelera, el dialogo corporal es más denso. Le propongo

un par de giros y ella mueve el cuerpo velozmente dejando inmóvil su cabeza que gira al final. Ha dejado su mirada fija en mis ojos hasta el último instante y luego ha vuelto como un colibrí. Todo esto ocurre mientras la sonrisa sugerida se hace más explícita. Cuando viene el coro y la velocidad desciende, charlamos. Para mi sorpresa es gringa, de Nueva Orleans, Louisiana, pero su padre es de Curaçao. Vaya mezcla. De repente la llama alguien, y es que ha venido con un grupo de compañeros, pero ellos no son salseros y ya quieren cambiar de bar. Así que en un instante cambiamos los teléfonos y se marcha con la promesa de volver dentro de quince días. Yo con mi corazón roto, regreso a la barra y continúo la charla con el amigo de Mista Hogenboom, quien me invita una cerveza "regular".

Como Alessio, el convaleciente no puede bailar, se ha dedicado a observar cuidadosamente a los demás. Me pregunta si soy colombiano porque cuando bailo hago los pasos cortos y rápidos. Yo quedo sorprendido porque no había pensado que pudiera inferirse la nacionalidad por un detalle así. Según me dice, la mayoría de los jóvenes holandeses que vienen a bailar aquí, asisten a clases de salsa en The Crown y bailan pésimo como el chico de allá. Entonces señala con ira de adulto mayor a una pareja que está apenas a unos centímetros. Probablemente lo han escuchado. Sin embargo no es del todo cierto, pues a este lugar vienen también

muchos migrantes, algún turista perdido y los rastas que son clientes habituales del bar, quienes quedan absolutamente desparchados cada quince días y se ven deambular por ahí como fantasmas. Entre tanto, la pista se ha quedado casi sola con la canción Mississippi Mambo, de Noro Morales y las atenciones se las lleva una pareja de boricuas. Tendrán alrededor de setenta años. Él tiene zapatos blancos, pantalón blanco, camisa colorida y una boina roja; tiene también un pañuelo rojo enredado en la correa del pantalón, que usa para limpiarse el sudor de la cara. Ella, ligeramente más baja de estatura y notablemente más liviana, tiene el único vestido de verano que se ha visto por esta ciudad durante los últimos cinco meses. Bailan. Su baile consiste en que él le propone a ella algún paso o giro, ella vacila, y cuando accede, él cambia intempestivamente a otra cosa. Parecen compaginar en un desencuentro continuo. Esa pareja me recuerda a Manuela Perea y Carmelo Da Silva, los protagonistas de Maestra Vida, la ópera en salsa que escribió Rubén Blades.

6

Cuando se terminó mi contrato de trabajo en Bogotá decidimos con Anacaona asistir a clases de salsa. Nos inscribimos en la Academia Evelyn. Ese era el nombre de su propietaria y primerísima bailarina. Fuimos todos los lunes, miércoles, viernes y sábados hasta el día en que dejé la ciudad. Corría la segunda semana de clases, cuando encontré un trabajo que se acomodaba a mis nuevas prioridades, aunque tenía que salir corriendo cinco minutos antes de finalizar la clase y correr a la estación de Transmilenio para llegar a tiempo. Cuando conocí a Evelyn tuve la sensación de conocer a una mujer sabia. Para mí era el equivalente a Dalay Lama pero en el mundo de la salsa. Muy joven y con un cuerpo esculpido por la música y por su exigente profesión, parecía haber nacido para bailar. Por supuesto, existe la posibilidad de que la esté idealizando por recordarla desde mis circunstancias actuales, pero en todo caso, tenía un saber tan notable, que me resultaba increíble que estuviera a mi alcance. Ella navegaba por la música como un pez en el agua y yo la seguía con mis ojos como una oruga con la esperanza de emprender el vuelo algún día. Además, parecía como si el dominio de la música y el conocimiento de su cuerpo, se proyectara en una forma de ver la vida cotidiana con especial claridad de juicio.

7

Evelyn. Ese nombre me lo puso mi papá porque así se llama un paso de salsa que empieza como un Adios, pero antes de girar, el hombre empuja la mujer hacia atrás y a la derecha, haciendo un Ronde; y termina cuando él cambia la mano al nivel de la cintura de ella y vuelve a Guapea. Cuando yo nací, mi papá ya era un salsero consumado. Seguramente el paso de Evelyn le daría mucho trabajo porque decidió ponerme ese nombre. Por esa época, él trabajaba como pinchadiscos en El Goce, un bailadero tradicional de esta ciudad, y aunque ya estaba en desuso, tenía una colección de discos de acetato que llevaba por contrato a cuanta fiesta lo invitaban. El caso es que si me preguntas sobre el recuerdo más antiguo que tengo de la salsa, no puedo pensar en un punto de mi pasado, porque siento que está desde el principio más etéreo de mi vida. Desde el útero y más atrás.

Sin embargo, en mi memoria, las primeras imágenes concretas de la salsa, pertenecen a las reuniones que se hacían en la casa de mi abuela materna en el barrio Restrepo. Ahí se reunían los familiares, amigos y vecinos, y hacían fiestas con cualquier pretexto. Podía tratarse de un cumpleaños o un sacramento o tal vez un partido de la selección Colombia, ganara o perdiera el

tricolor. En alguna ocasión la fiesta fue porque después de años de solicitudes, finalmente pavimentaron la calle. El motivo podía ser cualquiera, pero siempre había salsa. Fue en el ochenta y seis u ochenta y siete cuando empecé a involucrarme en las fiestas de la casa. Si, somos muy alegres a pesar de ser rolitos, pues mi mamá es de Bogotá y mi papá también. Él siempre ha sido bailarín, bailarín de la vieja guardia. Empezó a enseñarme como desde el ochenta y nueve. Yo tenía 14 años. Por esa época, se quedó sin trabajo y decidió hacer una academia de baile y pues ahí nos incorporamos mis primos, mis hermanos y yo. Hasta ese momento él fue bailador. La diferencia entre el bailarín y el bailador es que el bailador es el de las discotecas, el que rumbea en las discotecas; en cambio el bailarín, es el que se profesionaliza, el que estudia, el que trabaja en eso. Él era bailador porque no estaba especializado, bailaba lo que sentía. Cuando empezó con la academia, comenzó también a estudiar, a investigar a formarse como bailarín. Él es un bailarín empírico, no tiene una carrera de título. Es empírico.

Por ese entonces, yo veía el baile como un pasatiempo, pero no como una profesión. Nunca. Estaba en el colegio cursando el octavo grado y me acuerdo, porque era la época traumática del trinomio cuadrado perfecto, del acné y de los primeros amores no correspondidos. Como al principio no se requería mucho tiempo, ensayaba

solo los domingos y no había problema con el estudio. Pero con el paso del tiempo me empezó a gustar, tuve presentaciones, y entonces ya necesité un poquito más de disciplina. Cuando llegaba del colegio, me bajaba de la buseta y la música me estaba esperando como un perro faldero. Me salía a encontrar, me atraía con su alegría y me jalaba hasta el parque donde estaba el grupo ensayando y ahí me quedaba hasta que mi mamá me tenía que entrar a las malas para comer y hacer las tareas. Como la escuela era un experimento, nuestras mamás eran desconfiadas porque decían que le estábamos dedicando mucho tiempo a bailar salsa y que allí no había futuro alguno. En las mismas estaban mis compañeros, entre ellos, Tomás, mi vecino, mi media naranja y mi parejo de siempre.

También recuerdo que sufrí mucho porque no me dejaban entrar en las discotecas por ser menor de edad. En la única donde yo podía entrar era en Un Caso Social, llamada así por la canción de Niche. Estaba en la primero de mayo con Boyacá. Allí nos conocían y no había problema siempre y cuando fuera con mis papás. Aparte de Un Caso Social", estaba "El Panteón de la Salsa", que también quedaba sobre la Primero, y "Rumbón Melón", en el Restrepo. Cuando cumplí los dieciocho años, ahí sí fui a "Rumbón melón" y al "Panteón de la Salsa". Eso fue soberbio. Más adelante, pusieron "Buscando a América", también sobre la Primero de Mayo.

Es paradójico, pero cuando se empieza a tomar el baile como profesión, ya muy poco se sale a bailar a la discoteca porque uno está prácticamente desde las diez de la mañana hasta las ocho de la noche con baile. Entonces ir a bailar ya no es atractivo y uno prefiere descansar antes que trasnochar. Sin embargo, la salsa me ha dado un trabajo que amo, en donde soy mi propia jefe, y donde yo misma distribuyo mi tiempo. Tengo que manejar un horario, pero sé que si hago horas extras se van a ver remuneradas, mientras que en otros trabajos no se ven. Si uno toma el baile por donde es, le va muy bien. Nosotros lo empezamos a ver como una opción profesional desde 1993, cuando quedamos campeones distritales en el concurso "A bailar se dijo", organizado por el Instituto Distrital de Cultura y Turismo. A raíz de ese concurso, empezaron a salir eventos y presentaciones bien pagas. El proceso que comenzó en ese momento se fortaleció con las competiciones que hemos ganado dentro y fuera del país, y finalmente, se concretó en nuestra academia de salsa. Sin embargo, no todo fue música. Yo terminé el bachillerato y estudié contaduría. Ejercí la profesión en una sede de la Dirección de Impuestos y Aduanas, pero luego de dos años de doble vida, decidí dedicarme de lleno al baile. En la salsa estaban mis afectos y además, llegué a devengar más de lo que me ganaba en la oficina de "orientación al contribuyente".

En Bogotá el movimiento de la salsa es fuerte. Todos los que estamos ahorita en la salsa venimos de una tradición de varias décadas. No es porque uno diga ¡Soy yo y voy a bailar! No. Las personas a las que nosotros les decimos la vieja guardia han dejado un legado y nosotros hemos tratado de seguirlo. Entre los bailarines que abrieron el camino estuvieron Tatú, él ya falleció; Sonia Hoyos, Edgar Estrada, Osvaldo Palacios "Mr. Swing", Chucho "Bombombun", El Payaso, y otros que en este momento se me escapan, pero todos ellos empezaron desde los años setenta a abrir el camino que nosotros decidimos continuar.

8

De vuelta en Ámsterdam. Luego de un breve reposo, los músicos regresan uno a uno a la tarima y tocan "Sol de la noche". Por obvias razones, la canción tiene muchos fanáticos aquí. Después, la banda empieza a despedirse de mentiritas, pues tan pronto insinúan la partida, el público protesta, y su clamor es acallado por la ráfaga de timbal y congas de "Para los rumberos".

Mientras que en Bogotá es un despropósito bailar solo, aquí es algo muy natural, pues la rumba, como la cultura en general es más individualista. Tal vez por eso, la gente

se ha acercado a la tarima, esta vez sin parejas, y cada uno ha empezado a gozarse el ritmo a su manera. Aquí es donde he aprendido a bailar sólo estas canciones y también es genial. Como éste es el punto álgido del toque, los músicos han estirado la melodía hasta los casi quince minutos de éxtasis, porque la han ejecutado más rápido que lo usual, y los bailadores retados hemos resistido hasta la última nota, hasta quedar extenuados. Siempre que bailo me acuerdo de las enseñanzas de Evelyn, y de lo mucho que disfrutaba ver bailar a Anacaona y buscar sus ojos en medio del jaleo de la clase. La buscaba entre las frentes, las narices, las melenas, las espaldas quietas y girando, como si fuera la espesura de una jungla, y cuando encontraba su sonrisa o su mirada cómplice, siempre fue un hallazgo definitivo y feliz. Otras veces la buscaba en el espejo como si fuera otra modalidad de ella y otro el modo de encontrarla. Recuerdo también que al principio movía en exceso sus brazos y aunque para mí era uno de sus rasgos particulares, eso le valió muchas observaciones de la profe. En todo caso nuestra persistencia en las clases no duró más de tres meses, pues mi viaje era inaplazable.

Compartimos muchas cosas con Anacaona y el apego fue inevitable a pesar nuestro. No era un amor imposible, pero talvez el amor en general era imposible por aquel entonces. Por eso, la despedida no fue tan triste. La noche anterior a mi vuelo para Ámsterdam,

regresamos al Habana Vieja, pero esa vez no bailamos mucho. Charlamos como amigos, nos tomamos media botella de ron, nos dimos un par de besos y eso fue todo. Cuando ella tuvo que ir al baño coloqué en su bolso, un trozo de papel arrugado en el que había garabateado unas palaras la última noche que dejé corriendo la clase para ir a trabajar, con la certeza de haber dejado el paraíso en la academia de salsa. Espero que en el trozo de papel se leyera con dificultad:

Suena la música.

La primera nota es un estruendo

cósmico.

El espejo al asecho

atrapa tus ojos primero que yo

(Criatura menor de tu paisaje).

Por la tercera canción

El ritmo consume las paredes

Y todo lo demás:

salón sumergido

Como un molusco en el fondo del mar,

trato de seguir instrucciones torpemente.

Mientras, distraído,

miro tus omoplatos, tus brazos que quieren llevarte

volando:

venus salsera, mariposa.

Al cabo de un rato

Una gota cristalina

rueda por tu cuello

como una canción furiosa,

como la mandrágora

cuando salía del parlante

para enredarse en tu cabello.

Para ese momento

Debo huir hacia mi trabajo,

oceánicamente lejos

del resquicio

que el universo ha hecho estallar

en tu sonrisa.

9

Francamente las rumbas salseras de Mista Hogenboom son muy cortas. Puede ser porque ocurren entre semana y la gente tendrá que madrugar al otro día. El caso es que a las doce de la noche ya los músicos empiezan a guardar sus instrumentos y la pista empieza a vaciarse. Y para mí también es hora de volver a casa. En primer lugar, porque no hay nada más triste que ver morir una fiesta así y, en segundo lugar, porque también debo levantarme temprano para sacar a pasear el perro de Doña Ninke, la vecina del segundo. También es cierto que esta noche no promete mucho, pues en tal caso, me quedaría arañando la puerta del destino a pesar de todo. De este modo, lleno de salsa en el alma, me pongo el abrigo, el impermeable, el gorro y busco mi bicicleta. Cuando salgo del bar, en un instante, mis dedos se congelan y se mueven lenta y caprichosamente, como si no me pertenecieran. Con torpeza escojo la llave para abrir el candado y saco la cadena para enrollarla en la caña del sillín. Me pongo los guantes y comienzo a desandar el camino, pero esta vez, la nostalgia es más grave que el frío. O tal vez, se han fundido en una misma cosa que me oprime el pecho y la garganta. Con el rabillo del ojo veo la sombra de mi vieja bicicleta deslizarse por el asfalto y como yo sé que me acerco al

abismo de la nostalgia, lo conjuro de la única forma que me ha funcionado en los últimos años. Así que aprieto el pedaleo y con las mandíbulas ateridas de frío, canto tan fuerte como puedo:

Anacaona, india de raza cautiva /

Anacaona, de la región primitiva /

pirum pirum pirum...

EL DOBLE ACOSO

Después de los treinta años pude contar entre mis innumerables mañas, la de tomar tinto bien cargado después del almuerzo. Cuando no lo hacía, sentía que el día no comenzaba en serio, que se trataba sólo del borrador de una jornada intrascendente. Tuve tres lugares preferidos para complacer este hábito. El primero fue el café "La clase obrera progresista", que aparte de su singular nombre, poco tenía para destacar, de no ser porque era el único lugar fresco a la una de la tarde en la ciudad de Arenales. En Colombia, naturalmente. Era una casa deteriorada de estilo colonial y era mi lugar favorito por tener una mesa casi siempre disponible junto a la ventana que daba a la calle catorce, desde donde podía divisar los transeúntes en su frenética marcha de mediodía. En ese entonces buscaba el bullicio de la calle y el movimiento de la gente porque me distraían del desasosiego del ciclo de autocompasión-victimización-rencor que sobrevino en el duelo de una relación conflictiva que por esos días ocupó casi todas mis energías.

Los otros dos cafés apenas merecen una breve mención. El "Dandy Dandy", en la esquina del parque, con una vista inmejorable, pero afeado por los precios excesivos que su octogenario dueño había fijado para que sólo entrara "gente bien", según decía. Y finalmente, el "Café… y qué café", que ciertamente ofrecía el mejor café, pero servido en el lugar menos acogedor de todos. Era un garaje que hacía parte de la tostadora "Cafeto", la cual acopiaba parte de la cosecha de los cafetales de la región. El garaje era minúsculo y no tenía ventilación. Las pequeñas sillas de madera sin ningún tapizado hacían que diez minutos luego de sentarse, cualquier comensal buscara excusas inverosímiles para salir de allí. En suma, había que tomarse el tinto rápidamente antes de que las sillas empezaran a cobrar arriendo, y así no se puede. Tomarse un tinto a prisa es un despropósito.

En fin, estando en la ventana del "La Clase Obrera Progresista", de la masa transeúnte sobresalió un compañero de trabajo. ¡Hola Gonzalito! "Mira, te presento a Ernesto, es el nuevo profesor de Derecho Administrativo. Es muy joven, pero no te dejes engañar por las apariencias. Es un abogado muy piloso y con una notable experiencia, pues en Bogotá trabajó varios años como pupilo del Magistrado Hernando Waked".

Era un sujeto de apariencia inusual, por no decirlo menos. La primera impresión que me dio era la de un sujeto vacilante que apelaba a una exagerada caracterización del estereotipo de nerd ultraconservador para conseguir alguna seguridad. Ahora que lo pienso, él es la única persona que vi usar el vestido de paño completo en el calor del medio día en aquel pueblo, pues el sofoco hacía que aún los abogados más formales anduviesen en mangas de camisa. Debo confesar que por aquella época mi pinta era también muy estereotipada y que hasta ese momento me percaté de ello. Era una de las taras impuesta por los convencionalismos de mi sub-gremio de la sociología jurídica. Así, de acuerdo con la ocasión, oscilaba entre lo hippie y lo "progre". Por supuesto, la chaqueta de pana, que era como mi cédula de ciudadanía, no podía faltar en los días más frescos. Pese a que se trataba solo de formas de vestir, en últimas, la ropa era un indicio cierto de que pertenecíamos a sectores opuestos, pero al fin y al cabo, marginales en la Facultad de Derecho.

Aparte de su pinta, recuerdo su singular manía de activar el salvapantallas del teléfono, en donde tenía la foto de Josemaría Escrivá de Balaguer, el fundador del Opus Dei. Para su pesar, la imagen del santo ultraconservador no era muy popular en el contexto, hecho que le generó aún más prevenciones entre quienes lo conocieron. Probablemente se trataba de una estrategia velada,

y por lo visto no muy eficaz, para contactar a sus correligionarios. Sinceramente su imagen me era detestable y por esa misma razón, quise conocerlo más en profundidad para trabajar críticamente sobre mis prejuicios. De este modo, me acerqué a él y algunas veces fuimos a nadar a la piscina de la Universidad y en más de una ocasión me invitó a almorzar en su casa. Su esposa era una mujer muy amable y además hacía una sopa de cebolla como jamás volví a saborear. Como es obvio, algunos de mis concepciones acerca de éste personaje fueron demolidas con el paso de los meses.

Al cabo de un tiempo compartimos la misión de leer un trabajo de grado. Esa tarde el jefe nos llamó a su oficina y nos explicó la misión. Recuerdo que había una ventana que daba al patio de la compañía tostadora de café y el aroma entraba con tal intensidad deliciosa que era imposible ignorarlo. Recuerdo esa tarde porque la tarea me dejó perplejo. Se trataba de emitir un concepto sobre una monografía cuyo tema era la regulación de la tenencia de mascotas en propiedad horizontal. Al principio pensé que se trataba de una broma, pues esto no tenía nada que ver con mi área de trabajo. Entonces fue cuando el jefe nos confesó que el tema había sido asignado a un par de profesores de la línea de Derecho Civil, pero estos habían rechazado el encargo y como eran intocables por ser al mismo tiempo magistrados

del Tribunal local, no se había tomado ninguna medida de presión. Claro, como nosotros éramos de lavar y planchar, en mi caso, por pertenecer a la frontera disciplinaria del derecho, y en el de Ernesto, por ser nuevo, no teníamos escapatoria. Así nos entregaron ese elefante blanco. Lo aceptamos sin chistar porque parecía no haber alternativa, pero también porque finalmente no creímos que fuera una tarea difícil de abordar y porque no pensamos que tuviera mayor trascendencia en la carga docente. Estábamos muy equivocados.

La autora del trabajo era una estudiante de la región esmeraldera de Boyacá, famosa también por su permanente estado de guerra desde tiempos prehispánicos. Rocío era una muchacha, esbelta, ágil como una venada. Su cabello era largo, teñido de castaño claro, un poco maltrecho, tal vez por el uso y el abuso de la plancha, las tinturas y el cepillo. Su tez estaba usualmente sobre maquillada, y a pesar de ello, se veían tenuemente sus pecas como en un palimpsesto. Sus ojos, eran del color preciso de la cerveza a contraluz, y eran los que al primer golpe de vista la hacían parecer simpática. Anunciaban su falta de recelo y su carácter dominante que la determinaba a estar a la defensiva en nuestras reuniones de trabajo, tal vez a pesar de sí misma. Yo la conocí el día de la primera tutoría.

Una tarde llegué a mi oficina y Omar, mi jefe me abordó ansioso: ¡ahora si se armó la grande! Me dijo. Rocío se había marchado apenas hacía unos minutos y había hecho un escándalo porque Ernesto la estaba acosando. Según ella, el calenturiento profesor le había ofrecido un concepto positivo por el trabajo de grado a cambio de qué tuviera sexo con él. Omar, esquivando el meteorito burocrático, le dijo que era una acusación muy grave que debía formular directamente ante el rector. A pesar del carácter catastrófico de la noticia, debo reconocer que mi jefe tenía un especial talento para contar este tipo de historias, pues le agregaba cierto picante que enfatizaba la dulzura de ciertas tragedias cuando le ocurren a otro, y en especial, a un sujeto que a fuerza de empeño se había hecho odiar en la Facultad por su imagen de santurrón.

Mientras tanto en la oficina del rector, Rocío extendió su relato. Haciendo gala de su fama de pseudo caballero templario, ganada por décadas en la logia masónica, que por demás era un secreto a voces, el rector estalló en cólera. Como si fuera poco, durante la charla sonó el teléfono de Rocío y ella dijo con aire cómplice: "es Ernesto, voy a poner el altavoz", y así fue como el profesor terminó de hundir su reputación, pues sus palabras llegaron al extremo de exponer un frágil calculo racional según el cual, a ella le convendría más brindarle sus favores sexuales que rechazarlo. Y

ante los monosílabos indiferentes de ella, terminó por rogarle de la forma más vergonzosa que accediera a su petición. El rector no podía creer lo que estaba oyendo.

La primera medida que tomó fue convocar a una asamblea urgente de profesores para esa misma noche. Naturalmente, todas las clases se suspendieron para cumplir con la reunión y la tensión se apoderó del plantel, pues salvo unas pocas personas, nadie sabía cuál era el motivo de la urgencia. En la asamblea, el veterano rector estaba notablemente ofuscado y cortó el aliento de los presentes cuando dijo: ¡En esta sala hay un docente acosador! ¡Si da un paso al frente y renuncia inmediatamente, no pasará por la pena de ser destituido a través del proceso disciplinario! Hubo un silencio desconcertante y luego reinó la confusión, pues más de uno se sintió aludido e hizo cara de extrañeza como pensando ¿Seré yo? Finalmente, parte del auditorio pasó de la confusión al terror, pero los minutos pasaron y nadie salió al frente. Al cabo de un rato, los profes empezaron a hacer bromas relajando el nerviosismo y la reunión finalizó, quedando en suspenso la pregunta por el culpable. Días después Ernesto fue notificado del proceso disciplinario. El inculpado negó absolutamente todo, e incluso demandó a la Universidad para restituir su buen nombre. Sin embargo, como si luchara en arenas movedizas, todo cuanto hizo lo hundía más, pues en la medida en que el tema trascendía, contagiaba las

charlas de los vecinos de la pequeña ciudad, y además añadieron el rumor de que se trataba de un violador, comentario que corrió como la pólvora haciendo que la ciudad lo viera como a un enemigo común. Pero Ernesto no se dio por vencido y ganó algunas batallas jurídicas por las que logró ser reintegrado como profesor mientras se resolvía la apelación que había instaurado. Grave error, pues para ese momento no importaba ya si era inocente o culpable. Cada vez que miraba a su esposa abnegada y a su hija de brazos pensaba en que lo único que importaba era limpiar su nombre a toda costa.

El decano de la Facultad le reasignó sus clases a regañadientes y Ernesto fue al encuentro con sus estudiantes. En la clase no hubo hostilidad alguna y el profesor pensó que era un buen comienzo. Pero fue más tarde, precisamente en el café "La clase obrera progresista" donde empezó su caída definitiva. Yo estaba allí tomando tinto, cuando Ernesto me hizo una seña, indicándome que le acompañara a la mesa que daba a la ventada de la calle. Yo lo dudé, pero fui con mi pocillo. Él empezó a relatarme la odisea insistiendo en su inocencia. Unos minutos más avanzado el monólogo, empezó a relatar los detalles jurídicos de las violaciones al debido proceso que había cometido la Universidad, pero para entonces yo ya estaba distraído pensando de nuevo, para mis adentros, en el circulo vicioso de mis cuitas amorosas. De repente pasó algo que me

sacó violentamente de mis meditaciones. Ocurrió que desde la calle le lanzaron a Ernesto una bola estiércol de vaca en la cara, con tal contundencia que su cabeza giró violentamente y sus gafas salieron despedidas estrellándose contra la pared. Las servilletas no fueron suficientes para limpiar este agravio y Ernesto tuvo que irse. Yo llamé un taxi y lo acompañé hasta la puerta. No supe qué decir.

Al día siguiente, el profesor fue a su clase desconfiado. Lo único seguro era que se conspiraba contra él. En la tarde salió con su esposa a hacer la compra semanal al supermercado y desde la ventana de un taxi le gritaron ¡violador! Aunque la palabra se escuchó nítida, Ernesto por un momento no dio crédito a sus oídos. Miró a su esposa y ella simplemente, lo miró con sus ojos verdes, levantó las cejas y con sus labios hizo un gesto de resignación. Luego, llegaron a casa, prepararon la cena, y cuando estaban lavando los trastos escucharon cómo el vidrio de la ventana del recibidor se rompía por causa de una piedra furtiva.

Ernesto salió a la puerta con la intención de encarar a los vándalos, pero no fue posible. La calle estaba desierta. Unas cuadras más abajo había un grupo de jóvenes bebiendo ron, pero ellos fingieron no saber nada. El profesor volvió la espalda y regresó herido por las risas burlonas que le precedieron. Aquella noche no

pudo dormir pensando en que su terquedad le llevaría a poner en peligro a su familia, y que tal vez era mejor ceder, aceptar la derrota y regresar a Bogotá. Pero luego de un momento, lo reconsideró y pensó dentro de su visión confesional que ésta no era más que una dura prueba que de superar, le brindaría templanza a su espíritu. Entonces se le vino a la cabeza la imagen de San Sebastián mártir, amarrado a su poste soportando las lanzas romanas con la entereza de quien espera la recompensa de una vida eterna. Naturalmente, la imagen que venía a su cabeza era una versión medieval del acontecimiento, en la cual se enfatizaba la expresión jactanciosa del santo al ver sus propias heridas sangrantes aún con los trozos de lanza en carne viva. Ernesto pensó que como San Sebastián, era una víctima de las circunstancias y tuvo fe en que su verdad terminaría por imponerse a fuerza de mostrarle a todos su disciplina y dedicación académica.

A la mañana siguiente subió la colina de la Universidad, su aspecto demacrado se acentuó por el sol estival. Ya en la clase, le invadió la paranoia de pensar en que allí estaban también sus enemigos no declarados y sintió la tensa calma que puede preceder un linchamiento. La clase esta vez fue muy mala. No solamente por sus menguadas aptitudes pedagógicas producto de la falta de sueño y el permanente nerviosismo, sino por el calor que hacía. A pesar de que aún no era mediodía la

temperatura era tal que en las calles más transitadas, las chicas elegantes padecían el consabido hundimiento de sus tacones en el pavimento

Cuando subió a la fotocopiadora del tercer piso, su teléfono sonó. Y cuando miró en la pantalla el número desconocido, esperó lo peor.

- *Aló. Buenos días*

- *Mire pirobo, le mandan decir que si no se va de este pueblo... ¡lo van a dejar chupando gladiolos!*

- *¿Chupando gladiolos?*

La llamada terminó abruptamente, pero tuvieron que pasar algunos instantes antes que Ernesto comprendiera la gravedad del mensaje. Aun así, pensó que existía la posibilidad de que fuera una broma por el hecho de que las palabras empleadas no fueran las que corresponden con la solemnidad lúgubre que se esperaría de una amenaza de muerte. Cuando llegó a casa, le contó a su mujer. Ella se puso muy alterada. Dijo que el asunto ya había pasado de castaño a oscuro y que sería mejor dejar el pueblo para empezar de nuevo en otro lugar. Al fin y al cabo allí no tenían nada que los atara.

Ernesto salió con los ojos aguados de ira contra el pueblo que se había vuelto contra él y caminó de prisa hacia la Fiscalía para denunciar la amenaza. Estaba un poco mareado. Al pasar frente al café "La clase Obrera Progresista" empezó a sentir náuseas y éstas se hicieron inaplazables apenas unos pasos adelante. Finalmente, tuvo que inclinarse frente a un poste de energía y apoyado sobre su antebrazo intentó vomitar en vano una y otra vez. Pese a todo, siguió su camino con dificultad. Estaba apenas a unas cuadras de su destino.

Cuando Ernesto llegó a la Fiscalía, se dirigió a la puerta que tenía el aviso de "Sala de denuncias". Asomó la cabeza y advirtió detrás del escritorio a dos estudiantes que estaban haciendo las prácticas en esa oficina.

Buenas tardes profe. ¿Qué se le ofrece?

Buenas tardes. Vengo a realizar una denuncia

¿Y eso?

Me han llamado hace unas horas y me amenazaron de muerte. Hace unos días me están hostigando. Quieren que me vaya del pueblo. Están ensañados.

Quienes?

No lo sé.

Es por el problema que tuvo con Rocío, cierto? Todo el mundo habla de eso.

Supongo que si

El chisme aquí es tenaz profe. Es imposible luchar contra eso. Si hasta dicen que si la guerrilla no se ha tomado este pueblo, es por miedo al chisme. ¡Jajaja!

Ernesto miró con ira a su interlocutor.

Pero, entonces ¿qué hago?

Yo le aconsejo que se vaya. Yo no sé si usted sea o no culpable, pero la gente ya lo condenó. Si le tomo la denuncia no vamos a llegar a ninguna parte, pues la llamada pudo hacerla cualquier persona, seguramente desde una venta ambulante de minutos. Además, pudo ser una broma. Realmente no hay mérito para iniciar una investigación. Yo le aconsejo que esperemos a que vuelvan a llamar si lo hacen, y esté pilas a grabar la conversación.

¿Pero… y si le hacen algo a mi familia?

Usted sabe que tiene derecho a instaurar la denuncia.

Pero honestamente, lo único que lograremos será empeorar la congestión judicial.

Ernesto comprendió que estaba perdiendo el tiempo y se fue malhumorado diciendo "Entonces voy a esperar a ver si se cumplen las amenazas. Y si puedo, volveré". Los estudiantes se miraron entre ellos y cuando el profesor se había marchado dijeron entre los dientes: "Él se lo buscó".

Salió de la sala rumbo a su casa, sintió que todos lo observaban con reproche. Las ganas de llorar le aparecieron en el estómago y fueron subiendo lentamente hasta que las lágrimas brotaron a raudales. Ernesto apretó el paso tratando de resistir a los embates de la tristeza. "Maldito pueblo. Los odio". Pensó en voz alta. Entre más rápido andaba, parecía que el camino fuera más largo, pero finalmente llegó a casa. Su mujer le estaba esperando con las maletas casi listas. Él la abrazó y rompió en llanto ahogado como un niño.

Esa tarde fue la última vez que los vi. Yo iba subiendo en el bus urbano hacia mi clase y al pasar frente a la casa estaban colocando el equipaje en la cajuela de un taxi amarillo. Supongo que habrán ido al terminal y allí habrán tomado el bus para Bogotá. Estos hechos ocurrieron hace más de diez años. Yo dejé aquella ciudad al año siguiente y nunca volví a saber de Ernesto.

Recuerdo que algunos estudiantes protestaron porque después de todo, decían que las calidades pedagógicas del acosador eran muy altas. Sin embargo, aquellas protestas duraron lo que duró el nombramiento de su remplazo: Andrea. Ella no tenía las referencias rimbombantes de los magistrados de la capital, pero a cambio de eso, había conquistado a pulso, un lugar en la barra de abogados de derecho público de aquella provincia. Por otra parte, no era un detalle sin importancia la atractiva combinación de su piel canela y sus ojos claros. En todo caso, haya sido por sus méritos físicos o intelectuales o tal vez por los dos, Ernesto fue borrado rápidamente de la frágil memoria estudiantil.

FÚTBOL

Cuando Luis levantó la cortinilla de la ventana, el mar seguía allí. Estaba ansioso por tomar fotografías de la costa caribeña durante el ocaso, pero el mar, que se había hecho aburrido después de las primeras cinco horas de viaje, persistía, y para su pesar, amenazaba con permanecer hasta la noche. Esa imagen lo condujo a un pasaje de su memoria, en su niñez, donde se reencontró con el monótono fondo gris que aparecía cuando terminaba la emisión de TV: primero sonaba un pitido ensordecedor y al cabo de un rato, empezaba esa forma invencible de "lluvia" que duraba horas y parecía no acabar.

Entonces recordó la sensación de soledad que le producía aquel ruido, pues cada noche, al filo de las doce, esa "lluvia" le hacía sentir como si fuera la única persona despierta en el universo, y para colmo, abandonado por la señal mágica. Fue un doloroso lapso de orfandad que padeció cada día de su vida hasta que, entrados los años noventa, una de las incipientes mafias del barrio, hizo posible el milagro de la televisión por cable. Ellos convirtieron la interrupción de la señal en un anacronismo. Desde entonces podía fallar el

teléfono, el agua o la luz de cuando en cuando, pero la televisión jamás. Pese a todo, Luis evocó con cierta nostalgia el punzante rumor de la lluvia catódica, porque ese mismo ruido le mostró que la Tele era un rodadero por donde la vida se deslizaba dulcemente, y era justo al interrumpirse la señal cuando se convertía en una cuesta llena de preguntas y desasosiego. A menudo esa grieta cotidiana precedía al insomnio, durante el cual le daba vueltas y revueltas a ese sabor amargo que derivaba de su malestar. A veces incluso llegó a esperar con ansiedad el fin de la emisión para sentir aquel vértigo.

Por fin llegó la noche y el azul del mar cedió el turno a la penumbra. Al cabo de unos minutos, aparecieron las primeras luces de la playa, pero ya el paisaje no era aprehensible por su cámara compacta. Así que decidió cerrar la cortinilla y volver a la revista de cortesía que había en la silla, a pesar de la escasa curiosidad que ésta le producía. El mundial de futbol había pasado hacía un par de semanas y todavía la prensa trataba de sacarle provecho a ese muerto viviente anunciando cual había sido la mejor jugada del mundial, el goleador, etc. En la portada aparecía un futbolista enojado e intimidante a punto de patear la pelota, seguido por un anuncio que invitaba al lector a pasar a la página 34 para ver el catálogo de los productos *duty free* alusivos al mundial que se podían adquirir en el avión. En conjunto, la

expresión del tipo de la foto parecía amenazar al lector para comprar los llaveros y los esferos so pena de recibir un pelotazo. Luis, indispuesto, ojeó la revista con prevención, hasta que llegó al final, donde le sorprendió encontrar un cuento corto, el cual, aunque también seguía el mismo tema, planteaba una ruptura, pues el personaje principal era un jugador brasileño de futbol profesional que soñaba con ser matemático y que nunca había tenido la oportunidad, pues la presión social por convertirse en un crack, había sido implacable.

Entonces vio en la pantalla del asiento que el vuelo iba llegando a su destino y que estaría en Bogotá en apenas veinte minutos. Si bien el mundial había acabado, podía anticiparse a encontrar el futbol hasta en la sopa tan pronto aterrizara el avión. Y así fue. Bastó un instante después de recuperar el equipaje, para confirmar sus sospechas, pues al aproximarse a la puerta vio agolpados, a centenares de hinchas con la nariz achatada contra el vidrio, con la camiseta tricolor y con pancartas que decían "bienvenido goleador", "Lince, te amo" y otras frases por el estilo. Los policías ayudaron a Luis a abrir paso con dificultad entre la multitud para despejar la entrada, pero dejaron al indefenso viajero con maletas y todo, a su suerte en medio de la nube de gente. Luego de forcejear aferrado al desafortunado apéndice que era su maleta de rueditas, escuchó que el jugador había aparecido finalmente tras el vidrio y fue

cuando salió despedido por la muchedumbre como un escupitajo social hacia el pavimento de la calle.

Tomó el primer taxi disponible y tan pronto acomodó su maleta y su abrigo, el conductor le preguntó a dónde iba. Aún no encendía el motor. "Bosa, la Estación", respondió con aire de confianza. Pero su interlocutor estiró el brazo derecho hacia atrás y abrió la puerta que estaba del lado de Luis, invitándole a bajarse. Lo lamento, dijo, pero es que mi turno está por terminar y no alcanzo a ir hasta allá, es muy lejos, tiene que tomar otro carro. Luis se bajó desconcertado. El cansancio del viaje había hecho estragos en su actitud y se sentía irascible. No obstante, se fue sin chistar a buscar otro carro. Para ese momento eran las ocho de la noche. Varios taxis lo rechazaron, hasta que finalmente dio con uno que lo llevó. Era un carro viejo, de marca imprecisa. Cuando frenaba en los semáforos, los asientos se deslizaban hacia adelante y oprimían al conductor, quien actuaba como si no pasara nada. En una ocasión empezó a salir humo del piso y hubo que abrir inmediatamente las ventanas para evitar la muerte por asfixia. "Es que tiene un rotico en el tubo del exhosto" dijo en son de disculpa. En el radio sonaba "Tiempo complementario", un programa de radio en el que se comentaba cómo había sido el desempeño de los jugadores en los partidos nacionales del fin de semana anterior.

Eran tres los locutores de este programa. Ellos proponían diferentes temas y se enfrascaban en discusiones absolutamente impulsivas, en las cuales, comenzaban con posturas radicales que terminaban relativizándose por la carencia argumentativa. El formato de cada segmento era muy simpático, pues uno de los locutores hacía una hipótesis desafiante y poco informada, como, por ejemplo: ¡La compra del jugador "X" va a llevar a su nuevo equipo al último lugar en el torneo nacional! Y luego otro de los compañeros asumía la posición opuesta. El restante actuaba como conciliador, y era quien a veces ponía fin a los debates tajantemente sacando alguna cifra del sombrero mágico del internet. A lo largo del programa llamaban los oyentes y en ocasiones se convertía en una riña virtualmente tumultuaria que seguramente era muy rentable en términos de rating. El conductor del taxi, a su turno, asumía partido en los diferentes temas y hacía algún comentario intentando encontrar en vano un interlocutor.

Finalmente, el taxi llegó a su destino. Luis sacó las maletas, las puso junto a una puerta y timbró con expectativa. Al acercarse al timbre escuchó cierta algarabía. Posiblemente eran los hijos de su amigo Juan jugando cerca de la puerta. Fue después del segundo timbrazo cuando se abrió la puerta y confirmó su sospecha. Pero no se pudo anticipar a la sonrisa de

Angélica, que lo desarmó por completo y después de un abrazo, lo invitó a seguir. Los niños siguieron jugando con una pelota que fue a dar a la calle al abrirse la puerta y Luis se sintió obligado a ofrecerse para ir a recogerla. Así lo hizo. Al entrar de nuevo cerró la puerta. La noche estaba muy fría y la lluvia amenazaba.

BUSETA

Señoras y señores buenas tardes. Ustedes dirán ¡qué men tan ridículo! Pero es que a uno le toca bregar a animarse porque sino pailas con esas caras tan largas de ustedes.

Todo está llevao pero qué más remedio… Pero no me miren así que no soy un ladrón, o mejor dicho si, pero soy un ladrón bueno. Ya se qué están pensando, que yo me subí a este bus para pedirles plata. Pero no. He venido a regalarles estas colombinas. Ustedes cambien esa cara tan larga, yo he venido a traerles estas colombinas, no para venderlas, sino para compartirlas con ustedes y si quieren colaborarme con cualquier moneda, está bien. Yo sé que es una tarde de viernes lluviosa, que el tráfico está relento y que todos están bravos entre sí. Pero en todo caso les voy a contar quien soy yo.

Yo salí de Bogotá en el ochenta y nueve. La situación estaba pailas y no tenía el bachillerato completo. Una tarde supe de los polizontes que se iban a viajar de gratis por el mundo y pegué para Turbo, en Antioquia. De allá salí escondido en una bodega. Por los azares de la vida terminé en Nuevayol, telminé en el vicio y ...

Yu nou men, también nos metíamos a las casas, *yu nou*, entrabamos, bloqueábamos la entrada con un armario, yo gritaba *¡hey men, chequeraut, traie el taxi!* y así pasó la vida. Una vez nos cogieron a mí y a mi *partner*, cuatro años de prisión. Sin embargo, pasaron tres y dijeron que por el jubileo, *yu nou,* nos deportaban. Así llegué a Bogotá sin un peso.

Estoy aquí hace cinco años y estoy en la olla. Por eso les traigo estas colombinas de regalo (Las reparte y el conductor le dice que se largue).

Este libro
se publica por iniciativa de su autor
como *ebook*, en el mes de abril de 2019,
utilizando las fuentes *Nocturn Rough,*
Filosofia y Apex Serif.

